



# EL DESTINO COMERCIAL E INDUSTRIAL DEL CARBÓN

661

Desde las últimas décadas del siglo XVIII, los ilustrados aragoneses trataron de alentar el consumo del carbón turolense, que parecía capaz de resolver la delicada situación de escasez de leña y carbón vegetal que sufría la ciudad de Zaragoza y buena parte de la región. Una de las dificultades que se oponían a que el carbón mineral fuese de uso común era la creencia generalizada de que su combustión producía vapores malolientes y muy perjudiciales para la salud. La otra era la del transporte, que encarecía tremendamente el precio del mineral. A finales del siglo XVIII, en el puerto de Barcelona resultaba casi tres veces más barato el carbón inglés que el turolense.

Estas trabas han estado presentes en toda la historia de la comercialización de los lignitos. La primera hace referencia a las limitaciones calóricas y a los componentes contaminantes, como el azufre, que desprende el lignito al quemarse, y que es el principal punto de debate en la crisis que vive el sector a comienzos del siglo XXI; y la segunda, a la falta de medios rentables para el traslado de la producción, que como se sabe es una constante carencia en la industrialización de estas tierras.

Los comienzos de la explotación carbonífera en España fueron precedidos por el

nacimiento de una demanda específica que provenía principalmente de astilleros, herrerías, hornos de cal, refinerías de azúcar, fábricas de gas, etc. En la primera mitad del siglo XIX el consumo aumentó en una medida desconocida hasta entonces en las metalurgias de hierro y plomo, y al generalizarse el uso de las máquinas de vapor en industrias y medios de transporte.

El lignito de la cuenca de Val de Ariño abasteció en las primeras décadas del siglo XX a particulares, pequeños establecimientos locales y una variedad de industrias. En algunos casos, las fábricas consumidoras de carbón se hacían cargo también de la extracción arrendando cotos mineros en la zona. Fue el caso de la Sociedad General Azucarera de España, propietaria de una fábrica en La Puebla de Híjar desde 1912, que abastecía a esta y a sus otras azucareras de Alagón, Calatayud, Casetas o Monzón con lignito obtenido en explotaciones propias. Hasta los años 40, la empresa Cloratita S. A. también extraía carbón para su consumo en diferentes industrias levantinas y catalanas del grupo químico Cros. Las cifras de producción eran modestas: las explotaciones mineras de la Sociedad General extraían entre 5000 y 8000 toneladas, cifras muy inferiores, por ejemplo, a las obtenidas por la empresa Minas y Ferrocarril de

Utrillas, que extrajo durante algunos de los años veinte más de 100 000.

En los años 50 este panorama empezó a cambiar con la decadencia y crisis de las industrias consumidoras del combustible y el rápido relevo del carbón por el petróleo como principal fuente de energía primaria. Los crudos de petróleo eran más baratos que el carbón y aportaban otras ventajas, como su comodidad y limpieza de uso. Como resultado, el destino del carbón quedó totalmente asociado a la termoelectricidad. Las centrales térmicas de Aliaga y Escatrón, recién construidas, eran las principales consumidoras del carbón turolense. La Empresa Nacional Calvo Sotelo, propietaria de esta última central, destinaba la producción minera de Val de Ariño a abastecerla. Esa dependencia hizo que el trabajo en las minas se acomodara al consumo de la central, muy variable, irregular y supeditado a la producción obtenida en las centrales hidroeléctricas. Desde que a principios de los 70 se inauguró otra central en Escucha, y en 1979 entró en funcionamiento el primer grupo de una nueva instalación en Andorra, la central denominada Teruel, el destino de la minería del carbón de la comarca está exclusivamente ligado a la producción de electricidad.

< Central Térmica Teruel, Andorra.